

EL MERIDIANO

Daniel Pérez Calvo

Sucedió en Manhattan

SIEMPRE he pensado que, entre los diferentes cargos públicos que se ejercen en democracia, el de alcalde encabeza el ranking de satisfacciones y reconocimientos que un político obtiene del electorado cuando consigue dar la talla. Eso de tomar a diario el pulso a la ciudad, dejándote la suela del zapato en las aceras, no creo yo que tenga parangón con ninguna otra experiencia de gobierno. Hace poco Bilbao lloraba la muerte de Iñaki Azkuna, el hombre que logró mutar en cisne al patito feo de las capitales vascongadas. Azkuna era alcalde por el PNV, pero la confianza de los bilbaínos en su gestión no residía en unas siglas, sino en el modo en que este ejercía su responsabilidad desde una envidiable sensatez. Fue también así, derrochando sentido común a espuestas, como a finales de los noventa un republicano de libro llamado Rudolph Giuliani consiguió en Nueva York -feudo tradicional del Partido Demócrata- reducir en un 70 por ciento la criminalidad en unas calles infestadas hasta entonces de maleantes y pandilleros de toda laya. Rudy Giuliani limpió la ciudad de atracadores y asesinos, a partir de un principio -inamovible como su sonrisa- basado en la tolerancia cero con la delincuencia y el vandalismo. El alcalde de América -apelativo que se ganó por su carisma y liderazgo tras los atentados de las Torres Gemelas- situó igualmente bajo mínimos la presión fiscal en Manhattan y en el resto de los distritos de la ciudad, con lo que se reactivó el consumo y con él la creación de empleo. Giuliani recortó el gasto público y bajó los impuestos, sí, pero se mostró al mismo tiempo inflexible al perseguir la morosidad, pisando incluso los talones a quienes solo debían al Ayuntamiento multas de tráfico de escasa cuantía. Es el caso que en Nueva York todavía aprietan los dientes y masculan cuando la policía sanciona por detener el coche en doble fila o cuando se recibe un aviso de embargo tras el primer impago de cualquier obligación tributaria. No obstante, a cambio de aceptar con mayor o menor resignación algo tan elemental como que las leyes -gusten o no- están para cumplirse, los neoyorquinos disfrutan y presumen hoy de haber recuperado ese espacio público de la ciudad, que Rudy Giuliani no se cansó de reclamar para ellos durante los ocho años que duró su mandato.

@danielprezalvo

EL MIRADOR | El martes se cumplen trece años del asesinato de Manuel Giménez Abad, no el único, pero sí el más notorio de los asesinados en Aragón por ETA y cuyos ejecutores aún se desconocen
Por Guillermo Fatás

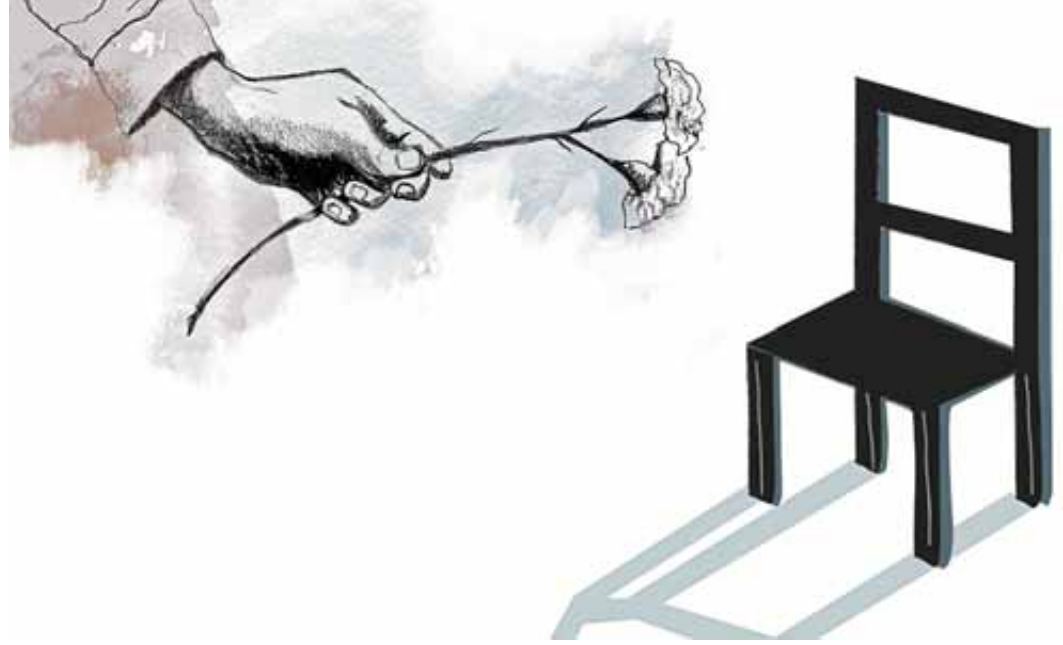
Un justo resentimiento

PASADO mañana hará trece años del asesinato de Manuel Giménez Abad por ETA. Aún no se sabe quién lo mató. Huyó por la calle de la Princesa, probablemente seguido por una mujer cómplice. Traté durante veinte años a este jurista, afable y circunspecto a la vez, pampónés de nacimiento, jaqués de corazón, servidor público de vocación profunda, estudioso, responsable y bienhumorado.

ETA golpeaba con saña

Nos conocimos en 1981, aún no habíamos cumplido los cuarenta años. La última vez que nos vimos debió de ser el 27 de abril de 2001. Estuvimos un buen rato, en mi despacho de HERALDO, él, Carlos Iturgaiz y yo. La Policía me había instruido en contravigilancia y pidió a la empresa que se blindasen sus ventanas, muy cercanas a la calle; pero eso no era nada comparado con el tipo de vida que los dos políticos se veían obligados a llevar, mañana, tarde y noche, a causa de los odiosos 'gudaris' etarras. Manuel presidía el Partido Popular en Aragón desde hacía poco. Había aceptado el puesto a comienzos de año. Era persona templada y, al preguntarle cómo se acomodaba a sus nuevos riesgos personales, me dijo que más le preocupaban los problemas de la política hidráulica (estaba el litigio social y político por el trasvase en su apogeo).

Era, evidentemente, un error de percepción. Los terroristas vascos andaban envalentonados y operaban en Aragón. El 20 de agosto anterior, habían reventado a dos jóvenes guardias civiles, Irene y José Ángel, en Sallent de Gállego. El presidente Marcelino Iglesias me pidió, en nombre de todos los partidos, que redactase y leyese al día siguiente un manifiesto cívico de condena y repulsa de la organización asesina, cosa que hice en uno de los momentos más tensos de mi vida, subido en una tarima, ante decenas de miles de conciudadanos, en una plaza del Pilar repleta de gente fúnebre y airada, pero silenciosa. En noviembre, por un procedimiento especialmente bellaco, los etarras habían acabado en Bar-



POL

«El mejor monumento erigido por los aragoneses a Manuel Giménez Abad es la Fundación que lleva su nombre en las Cortes»

celona con la vida de Ernest Lluch, catalán amante de lo vasco y de Aragón. Con él pasaron de veinte los muertos aquel año. Manuel sería el séptimo de la cuenta de 2001, que llegó a sumar quince asesinados.

No hago nada por calmar mi resentimiento contra los etarras y sus afines. Con los años, no merma mi aborrecimiento -no confundir con el odio-, hijo de un pesar hondo y arraigado.

El mejor monumento

Un bello monumento erigido por los aragoneses a Manuel fue al airoso puente sobre el Ebro de Javier Manterola, bautizado en su honor. Pero aún es mejor la Fundación 'Manuel Giménez Abad', con sede en las Cortes de Aragón. Como cada año, el 6 de mayo convoca un

'Homenaje a la Palabra', que reivindica para la política la fuerza del verbo frente a la de las armas.

Este martes, el ritual consistirá, de nuevo, en condenar la barbarie y premiar un esfuerzo intelectual de reflexión y conocimiento. Será el de una estudiosa suiza, Loranne Mérillat, firmante de una tesis de derecho comparado sobre los rasgos federales de España y Suiza. Son casi trescientas cincuenta páginas, divididas en trece apartados. Interesa particularmente al lector español el punto de vista externo de alguien que trabaja en el acreditado grupo de estudios federales que dirige Thomas Fleiner en la Universidad helvética de Friburgo.

La palabra contra la sangre

Resumo unos párrafos del capítulo final. Recuerda Mérillat cómo se duda a menudo de si España es un estado federal. Ello es a causa de los poderes residuales del gobierno central, de la escasa autonomía fiscal de las comunidades autónomas -salvo dos- y de su falta de representación en el estrambótico Senado español. Hay, empero, muchos autores que no dudan de que España sí posee netamente los rasgos principales del federalismo que, por lo demás, no tiene un modelo

único, ni puede ser trasplantado u homologado sin más entre un estado y otro. La autora asegura que España posee una organización federal capaz de acomodar con éxito y adecuadamente sus diversidades internas, con independencia de los instrumentos usados para lograrlo. Lo de menos, pues, sería la etiqueta. Y, aunque subsisten problemas de gravedad, concluye que el estado español de las autonomías «ha logrado un cambio impresionante desde una dictadura supresora de la diversidad a un estado democrático en el que pueblos diversos pueden coexistir en paz». Algo negado hoy por los nacionalismos separatistas.

No comparto ciertos diagnósticos de la autora, pero es un trabajo académico coherente y trabado, con el valor añadido de un consuelo moral: el recuerdo de Giménez Abad estimula, fuera de nuestras fronteras, trabajos de mérito que, por contraste, subrayan la indignidad de los etarras, cuyo esfuerzo político se confía a la extorsión, el secuestro, las balas y la metralla. Los que mataron a Manuel, y a los demás, eran -y, con pocas excepciones, siguen siendo- mala gente. Es aún muy pronto para dejar de cultivar un justo resentimiento.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

La madre y la ballena

CARMEN nació a orillas del mar y eso siempre marca. Aprendió el vaivén de las mareas, distinguió los olores, vio a los bañistas bajo un cielo de gaviotas mientras los barcos, lentísimos, avanzan en el horizonte. Además su marido era marinero:

salía por las noches solo o con otros con la lancha de pesca y se convirtió en un experto en la extracción de percebes. Carmen tuvo varios hijos, que pronto abrazaron el oficio del padre, pero el último se alejaba cuanto podía del mar. Le daba miedo. No soportaba ni la melodía obstinada del oleaje ni el trallazo de la pleamar contra las rocas. Le gustaban los ríos tranquilos, caminar por el bosque silencioso, jugar al fútbol; le gustaba practicar al ajedrez en la taberna y leer los periódicos con locura. Carmen trabajaba en la casa de dos hermanos, Uco y Milucha, que parecían rentistas. Ella amaba las flores. Él salía de cuando

en cuando a la ciudad, a un bufé de abogados, y volvía con libros y prensa. Al cabo de dos o tres semanas, tenía un buen montón de diarios en el salón. Se los daba a Carmen. A veces, incluso le recortaba algunas noticias específicas: historias de navegantes, la aventura de los japoneses que habían puesto una conservera en la Costa de la Muerte, supersticiones, asaltos a los cementerios de la costa, la historia de un joven guardameta de Betanzos del que decían que era la reencarnación de Juanito Acuña... A veces, en un sobre grande, le metía entrevistas de doble página con Ricardo Zamora, Bobby Fischer, Eddy Merckx o el actor Fred

McMurray, y anotaba algunas cosas. Uco le decía a su asistente: «Le gustarán al chaval. Son como cuentos de hadas que suceden en la vida». El momento más bonito se produjo por puro azar: 'La Voz de Galicia' ofrecía en portada, y con abundante despliegue en páginas interiores, la noticia de una ballena varada en Malpica. Uco bajó al quiosco y compró otro periódico. Se lo regaló a Carmen y le mostró el reportaje. Ella, nada más llegar a casa, ni corta ni perezosa, le dijo a su hijo que se cambiase de ropa porque salían de viaje. En el autobús le entregó el diario. Solo le dijo: «Tiene que ser un espectáculo digno de verse».